

colocarlas; algunas pobres mujeres llevaban su anillo nupcial, y hasta los alfileres de oro ó de plata que prendian sus cabellos: algunas tenian que esperar mucho tiempo antes que las descargasen de sus ofrendas. Informado Carlos del buen éxito del llamamiento de la cámara baja trató de imitarlo; pero el entusiasmo no se imita, ni á nadie, sino al amor del pueblo, es dado satisfacer las necesidades de una causa. La universidad de Oxford envió al rey su vajilla; la de Cambridge iba á hacer lo mismo: ya habia enviado parte de ella; pero Cromwell, vigilante siempre, se echó sobre lo restante. A duras penas pudieron los comisionados del rey recoger de castillo en castillo algunas cortas sumas, y solo la sátira, vano y peligroso placer de los cortesanos, quedó por consuelo á los caballeros.

Habian llegado á York las propuestas de composicion; pero sus exigencias dejaban muy atras las predicciones de los mas fanáticos realistas, y quitaron toda esperanza á los mas moderados: las cámaras pedian la completa destruccion de la prerogativa real y la concesion de un poder omnimodo. Creacion de nuevos pares, nombramiento y revocacion de los grandes funcionarios de todo género, educacion y matrimonio de los hijos del rey, negocios militares, civiles y religiosos, todo por decirlo de una vez debia en adelante estar sometido al formal consentimiento del parlamento. Tal era en el fondo el verdadero objeto, y tal debia ser andando el tiempo el inestimable resultado de la revolucion; mas no era aun llegado el dia en que esta sustitucion del poder parlamentario al poder real pudiese llevarse á cabo por sola la influencia dominante de la cámara popular.

Imposibilitado el partido nacional de dar por consejeros á la corona sus primeras notabilidades, le era forzoso esclavizar la monarquía, medio engañoso é imposible, propio solo para sumergir al Estado en la anarquía pero único que por entonces supo imaginar. Al leer aquellas proposiciones se indignó altamente el rey. «Si concediese lo que me pedís, contestó con el rostro encendido de cólera, aun podrian no presentarse delante de mí, sino con la cabeza descubierta; aun podrian besarme la mano y darme el nombre de majestad; aun podrian formularse vuestros mandatos con estas palabras: *la voluntad del rey significada por las dos cámaras*; aun podria hacerme preceder de la maza y la espada, y divertirme con mirar un cetro y una corona, ramos estériles que no darian flor porque el tronco estaria seco..... pero en cuanto al poder real y verdadero, yo no seria ya mas que una imágen, un signo, un vano fantasma de rey:» dijo, y rompió la negociacion.

No esperaba el parlamento otra respuesta, y en cuanto la hubo recibido desaparecieron las dudas. Discutióse sobre la guerra civil (9 de julio de 1642). Una voz solamente se hizo oír para desechar el debate, y era la misma que al abrirse la legislatura habia antes que nadie denunciado los abusos públicos: «Señor presidente, dijo sir Benjamin Rudyard, estoy penetrado hasta el fondo del alma de aquel sentimiento que constituye el honor de la cámara y el triunfo de este parlamento; pero para juzgar bien la situacion presente volvamos la vista á unos tres años atras. Si entonces nos hubiesen dicho que al cumplirse este plazo habria huido la reina bajo cualquier pretexto á los Países Bajos; que el rey se habria alejado de nosotros para pasar á York, diciendo que no estaba seguro en Lóndres; que una rebelion general estallaria en Irlanda; que el Estado y la iglesia serian presa de discordias intestinas; ciertamente nos hubiera estremecido tal situacion: sepamos pues apreciarla en lo justo ahora que pesa sobre nuestras cabezas. Si de otra parte nos hubiesen dicho que á los tres años tendríamos un parlamento; que el subsidio sobre buques seria abolido; que los monopolios, el tribunal de alta comision, la cámara Estrellada, y el voto de los obispos se suprimirian; que la jurisdiccion del consejo privado seria restringida; que tendríamos parlamentos trienales, ¿qué digo? un parlamento perpétuo que nadie podria disolver sino nosotros mismos; seguramente que hubiéramos mirado todo esto como un sueño de felicidad. Ahora bien: todo lo poseemos, todo lo gozamos, ¡y aun pugnamos por nuevas garantías! La posesion actual de todos estos bienes es la mejor, pues los unos nos garantizan los otros. Cuenta conque buscando al través de osadas quimeras una imaginaria seguridad, no arriesguemos lo que ya es nuestro. Aunque obtuviesemos cuanto sea posible desear, nunca gozaríamos de una seguridad matemáticamente infalible: todas las garantías humanas pueden corromperse y fallar. La Providencia no sufre que se la encadene; quiere que el resultado esté en sus manos. Señor presidente, ahora es cuando nos conviene concentrar toda la sabiduría de que somos capaces, porque á pocos pasos de nosotros están ya la desolacion y el caos. Si la sangre llega á estrellarse contra la sangre, nuestra ruina es inevitable. A ese peligro nos aventuramos por la esperanza de un triunfo incierto, ¡sabe Dios que triunfo! Todos estamos obligados á hacer los últimos esfuerzos para impedir la efusion de sangre. Este es un delito que clama venganza, y que mancha todo un país. Salvemos nuestras libertades y nuestros bienes, pero de tal modo que salvemos asimismo nuestras almas. Mi conciencia me ha mandado hablar,

siga cada cual la suya.» ¡Vano llamamiento de un hombre de bien á quien solo le quedaba ya el recurso de abandonar una arena en otro tiempo agitada por su pura y prudente virtud! Otras previsiones y temores, igualmente legítimos, pero dominados por pasiones menos puras, arrastraban tras sí el partido nacional: habia llegado el dia en que el bien y el mal, la salvacion y el peligro se mezclan y confunden tan oscuramente, que los mas ilustrados espíritus no pueden discernirlos, y quedan reducidos á ser meros instrumentos de la Providencia que castiga á los reyes por mano de los pueblos, y á estos por la de aquellos. Solo cuarenta y cinco miembros participaron de los sentimientos de Ruyard, entre los representantes del pueblo, y en la cámara alta únicamente protestó el conde de Portland. Adoptáronse al momento las medidas para la guerra; las cámaras se apoderaron de todas las rentas públicas; y los condados recibieron orden de hacer acopios de armas y de pólvora, para reunirse á la primera señal. Se nombró una junta de seguridad compuesta de cinco pares y diez miembros de la cámara baja, encargada de velar por la defensa pública y de hacer ejecutar las órdenes del parlamento (1). Decretóse en fin la formacion de un ejército, compuesto de 20 regimientos de infantería de unos 1,000 hombres cada uno, y de 75 escuadrones de 60 caballos. Lord Kimbolton, Brook, sir Jhon Merrick, Hampden, Hollis y Cromwell, jefes del pueblo asi en los campos de batalla como en Westminster, recibieron mandos importantes. El conde de Essex fue nombrado general (2).

(1) 4 julio 1642: los cinco pares eran los condes de Northumberland, de Essex, de Pembroke, Holland y el vizconde Say: los diez miembros de los comunes, Hampden, Pym, Hollis, Martyn, Tiennes, Pierpoint, Glynu, sir William Waller, sir Felipe Stapleton, y sir Jhon Merrick.

(2) No sin interés verán nuestros lectores la lista exacta y completa de este ejército verdaderamente nacional; se encontrará en las anotaciones y piezas históricas.

LIBRO CUARTO.

Principia la guerra civil.—Establece Carlos sus reales en Nottingham.—Batalla de Edghill.—Terror de Londres.—Combate de Brentford.—Tentativas de negociacion.—Carácter de la guerra civil.—La reina vuelve del continente.—Negociaciones de Oxford.—Se empieza á desconfiar del conde de Essex.—Disensiones interiores del parlamento.—Conspiracion realista en Londres.—Muerte de Hampden.—Descalabros sucesivos del parlamento.—Su energía.—Esfuerzos de los partidarios de la paz en las cámaras.—Proyectos del rey para marchar sobre Londres.—Son vanos.—Sitio de Gloucester.—Essex le hace levantar.—Batalla de Newbury.—Muerte de lord Falkland.—Alianza del parlamento con los Escoceses.—Essex vuelve triunfante á Londres.

(1642.-1643.)

Al saber estas disposiciones y viéndose libre el rey de toda incertidumbre pudo desarrollar sus fuerzas con mas energía. Habiale llegado de Holanda un pequeño convoy, y la reina prometia otros. Los comisionados para reclutar en su nombre, iban consiguiendo prósperos resultados en las comarcas del Oeste y del Norte. Goring, gobernador de Portsmouth, se habia declarado á su favor. Acudian de todas partes los caballeros, se esparcian por las campiñas, allanaban las casas de los amigos del parlamento, se llevaban dinero, armas y caballos, y llegaban á York envanecidos por sus victorias y por el botin tan fácilmente adquirido. Conoció Carlos que tales desórdenes llegarían á ser fatales á su causa, y para reprimirlos y escitar al mismo tiempo el celo de los realistas, recorrió los condados de York, de Leicester, de Derby, Nottingham y Lincoln, convocando en todas partes la nobleza, agradeciendo su lealtad, y exhortando al orden y á la prudencia. Mostrábase mas activo y mas afa-